

CAPÍTULO XIII.

Justicia: no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí. —
Caridad: haz á los demás cuanto bien creas deben hacerte: —
Pestalozzi. — Sinceridad: — Solón. — Abnegación. — Soberbia, —
orgullo, — mentira, — maledicencia.

Justicia: respeta en cada uno los derechos que sean suyos. — La justicia; consiste en respetar en cada uno de nuestros semejantes los mismos derechos que en conciencia juzgamos nos han de acordar. Si no predominase en la sociedad la idea de la justicia, ó sea la verdadera igualdad entre todos los individuos, no podríamos ver realizada la armonía necesaria entre los hombres, puesto que como hemos dicho varias veces, ninguno consentiría á recargarse de deberes, sin que cada uno de estos le proporcionara el consecuente derecho.

La llamada *regla de oro; no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí*, precepto aceptado por casi todas las sociedades, es buena definición del significado de la palabra justicia; pero en la práctica no deja de ser defectuosa, si simplemente la tomamos al pie de la letra. Supongamos por ejemplo dos personas, Pedro y Juan, de diferentes constitución física y educación.

Pedro es hombre fino, de maneras delicadas, respetuoso y débil; Juan, por lo contrario, es tosco, indiferente á palabras de significado dudoso y fuerte. Juan, no podría considerar justo si en una conversación usaba con Pedro frases que á él no le pudieran ofender, y si al saludarle le descargaba un golpe sobre el hombro, como sucede con frecuencia, por más que son demostraciones repudiadas por la buena educación. Todo el mundo ha de comprender que Pedro, con tal tratamiento, se había de considerar ofendido en su dignidad y dañado en su persona; pero Juan, podría poner por excusa, que no había faltado al precepto, porque esas cosas él, no tenía inconveniente en que otro se las hiciera; excusa que sería rechazada por cualquiera persona de sentido común. Por eso y para no incurrir en tan graves errores, debemos de tomar el significado de la regla de oro en el sentido más amplio, ó sea, ordenándonos respetar á todos y á cada uno de nuestros semejantes, no sólo en sus derechos, sino también en todos sus caprichos, los que sin intervenir con nuestra independencia, son y deben reconocerse como derechos indiscutibles del hombre.

Caridad. — Esta virtud la más grande y sublime que puede concebirse en el individuo humano, está íntimamente relacionada con la justicia y entre las dos, abrazan todos los deberes que tenemos para con nuestros semejantes. La justicia, como hemos visto, consiste en no causar daño alguno,

en la persona, en la propiedad y en general en los derechos todos de los otros; y la caridad, en hacerles en cualquier caso y circunstancia, todo el bien que podamos. Es claro que la justicia al reprocharnos cualquier mala acción, ó falta que dañe ú ofenda á otro, nos separa por completo del *mal*, sin cuya separación no es posible concebir el *bien*.

La caridad, puede considerarse también dentro del significado de la *regla de oro*, porque ésta nos dice de no hacer á otro el mal que no queramos que nos hagan, y de esto se desprende también que, *hagamos á los demás cuanto bien creamos deben hacernos*. No sería fácil encontrar en el mundo personas que al hallarse necesitadas, ó en circunstancias difíciles, dejaran de desear que les hicieran bien para sacarles del aprieto; y puede asegurarse que, la mayor parte se habían de considerar con derecho á recibir esos favores de sus semejantes. Siendo así, no cabe duda que nos hallamos obligados á ejercer la caridad, por el hecho de creernos acreedores á recibirla en el caso de sernos necesaria.

Debe tenerse en cuenta que la caridad, no consiste en dar á manos llenas, ni prodigar las dádivas á quien no las necesita. La caridad debe hacerse á *tiempo* y que sea *efectiva*; porque de otro modo, es más que una virtud un vicio, que sólo tiende á satisfacer el orgullo personal, conquistándose entre los aduladores el nombre de *filántropo*. Cuando una familia se halla en la

miseria por falta de trabajo, se le hace más favor y se obra más caritativamente proporcionándole, que no con dádivas diarias, las que si bien cubren las necesidades del momento, no abren camino alguno de salvación para los infelices seres que sufren. Estos siendo honrados y trabajadores, aceptarán una vez por la necesidad; pero se lastimarán de recibir diariamente el pan que se encuentran en aptitud y desean ganar con su trabajo.

Enseñar cosas útiles al que las ignora, es una de las mejores obras de caridad, porque de ese modo



se proporciona al enseñado una manera de poder ganarse la subsistencia en el mundo. Pestalozzi, el célebre sabio y virtuoso suizo, se hizo amar por sus compatriotas, por haberse dedicado á la instrucción de los niños pobres, por quienes sacrificó todos los placeres y bienestar de su vida; y su nombre inmortal, se pronuncia hoy con respeto, por haber legado al mundo su sistema de enseñanza, conocido casi universalmente, y que indudablemente fué la preparación necesaria al movimiento progresivo de nuestros días.

Todo esto, lo llevó á efecto en bien de la humanidad, puesto que no obstante su incansable trabajo, murió tan pobre como había vivido.

La caridad cubre tan extenso campo y puede efectuarse de tantos modos, que sólomente la falta de voluntad y de sentimientos nobles en una persona, pueden impedirle ejercerla; y desde el rico poderoso hasta el mendigo, si quieren, no les será difícil hallar seres en quien puedan practicar tan sublime virtud. Hemos dicho que el mendigo, y á primera vista parece raro, si no imposible que, un ser desgraciado quizás paralítico y enfermo, pueda ejercer la caridad en sus semejantes; pero si observamos, no nos será difícil ver que un mendigo en el más miserable estado, socorre á otro que no haya sido tan afortunado como él en recibir la caridad de los otros, compartiendo su parte, ó de otro modo haciendo un bien cualquiera.

Esto es completamente natural, porque si por la pobreza y la desgracia las personas no pudieran demostrar ese sentimiento tan elevado, entonces creeríamos y con razón, que no existía la igualdad que reconocemos entre todos los seres humanos.

Para terminar diremos que, si al hacer una obra de caridad pasa por nuestra imaginación la idea del agradecimiento de parte del que la recibe, ó bien el honor que nos pueda proporcionar el hecho, en ese caso deja ser caridad y se convierte en compra de honor, ó agradecimiento

que, si consultamos nuestra conciencia, hemos de ver claramente que estamos lejos de merecer ni lo uno ni lo otro.

Sinceridad. — El filósofo americano Franklin, en uno de sus preceptos nos dice “Pensad con inocencia y justicia, hablad como penséis y no os andéis en rodeos.” El hombre por su propia dignidad y tratando siempre de respetarse á sí mismo, debe tener por guía la sinceridad, sin la cual conseguirá verse desdeñado y despreciado por cuantos le conozcan. Rara es la persona que no tiene necesidad de consultar á alguno en lo que hace, y si por cualquier causa le decimos lo contrario de lo que pensamos, y nuestras palabras, le traen un daño, sólo nosotros seremos responsables de él; puesto que habiendo obrado con sinceridad, lo hubiéramos podido evitar. Si por circunstancias especiales no podemos decir lo que pensamos, antes que engañar inicualemente al que espera ansioso nuestro parecer, debemos francamente decirle que nos es imposible participárselo.

Solón, célebre legislador ateniense, (568 antes de J. C.) se hallaba en la corte de Creso último rey de Lidia, en el Asia Menor, cuando éste se permitió preguntarle cuál era el hombre más feliz que había visto en su vida. Solón, no dispuesto á adularle contestó:

Tellus, ciudadano griego que vivió para hacer bien á sus semejantes, y murió peleando por su patria.

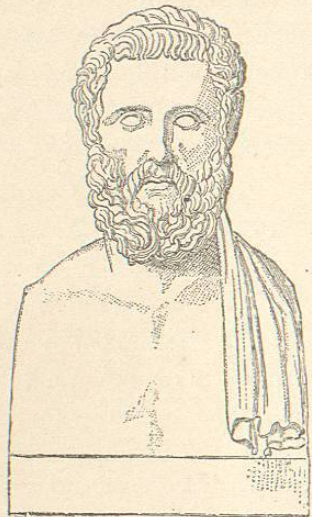
Creso airado le vio á preguntar.

—¿Y yo?

—Hasta ahora habéis gozado de la prosperidad, pero ¿quién sabe lo que os espera?

Cuando más tarde Creso se vio reducido á la esclavitud exclamó:

—¡Solón, tú solo me dijiste la verdad!



SOLÓN.

Abnegación.—Entre los sentimientos que más elevan al ser humano, tenemos la abnegación, virtud sublime cuya base es, hallar la felicidad propia en el bien que uno puede proporcionar á los demás. Cuando una persona llega á convencerse de que sobre la tierra no puede existir el absoluto bien, y que el que más se le aproxima es el que se puede gozar participando del bienestar que ha podido proporcionar á sus semejantes,

sin contar los sacrificios que le haya costado, entonces, se ve cuan capaz es el hombre en reflejar por sus hechos algo que casi pudiera llamarse sobrenatural. La abnegación sobreponiéndose á todos los intereses y lazos que nos unen á la tierra, incluso la vida, se pone en práctica por muchos que dedican su existencia á hacer bien á sus semejantes; y tanto en los



MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA.

tiempos pasados como en el presente, encontramos ejemplos dignos de emulación.

Cervantes, cuyo nombre figura entre los de los más grandes bienhechores de la humanidad, el que con su trabajo inmortalizó su nombre y su patria, nos presenta los ejemplos más sublimes de abnegación; y cuando no buscaba el bien de sus semejantes exponiendo su vida, lo hacía con

la pluma, terminando su virtuosa tarea al mismo tiempo que su existencia.

Cautivo en Argel, (año 1575 á 80), se ocupó constantemente en servir de apoyo y consuelo á los otros cautivos que, como él sufrían horribles tratamientos; y cuando los planes que combinaba para lograr la libertad de todos eran descubiertos, entonces se presentaba como el único culpable. Por esta causa, dos veces con la cuerda al cuello para ser ahorcado, fué conducido á presencia del virrey de Argel, el Bajá Hassán, y aunque éste le perdonó la vida por no renunciar á su rescate, le impuso los castigos más bárbaros. Tal fué el cautiverio de Cervantes durante cinco años; y ni los sufrimientos ni la miseria en que vivió reducido hasta su muerte, pudieron jamás hacerle faltar á sus deberes, como tampoco llegaron á entibiar su generosidad sin límites hacia sus semejantes.

La mentira.—La persona que ignorante del respeto que se debe á sí misma, unas veces por provecho propio, otras por causar alguna mortificación á cualquiera, ó bien que por simple capricho se vale de la mentira, sufre en ello como en todas las faltas que cometemos, el castigo merecido é inevitable. La mentira en todos casos y circunstancias es tan difícil de sostener, como comprometido de someterla á prueba; y el que se vale de ella con cualquier fin, se encuentra siempre como suspendido y esperando caer. Además, rara vez una mentira puede sostenerse

sola, y si para apoyarla se inventan otras entonces es peor, porque ellas mismas se descubren.

Cuando un individuo ha dado lugar á que los demás se nieguen á creer lo que dice, queda reducido á hacer el papel más ridículo que pueda encontrarse en la sociedad; porque como la mentira al parecer más inocente, trae con frecuencia los más funestos resultados, siendo un deber imprescindible de todos el apartarnos de aquello que pueda acarrear un mal, es necesario que la persona que por su capricho se degrada á tal extremo, sea arrojado de la sociedad de hombres verídicos y dignos.

Envidia:—soberbia:—orgullo.—Estas tres pasiones que sólo pueden encontrar cabida en los corazones más pobres, y que el sólo fruto que el hombre puede recoger de ellas es el desprecio de sus iguales, debemos constantemente combatir las porque al ponerlas en práctica, la persona misma se rebaja ante sí y ante los demás. El envidioso, se declara por sí mismo inferior, puesto que da á entender que no es igual á la persona envidiada, porque de considerarse como tal, no tendría objeto la envidia. El soberbio, se pone á la altura de los animales insociales, puesto que al no poderle soportar, todos se alejan de él; y finalmente el orgulloso, se convierte él mismo en hazmereir y objeto de menosprecio de los demás, porque todos somos iguales; y ninguna persona razonable y digna, por muy elevada que sea tratará nunca de rebajar á nadie.